

NICOLÁS ABBAGNANO

HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

Volumen 3

La filosofía del Romanticismo

La filosofía entre los siglos XIX y XX

Traducción de: JUAN ESTELRICH y J. PÉREZ BALLESTAR

EL POSITIVISMO UTILITARISTA

El utilitarismo de la primera mitad del siglo XIX puede ser considerado como la primera manifestación del positivismo en Inglaterra. Se trataba de un positivismo social (análogo y correspondiente al francés de entonces) por el cual las tesis teóricas de filosofía o de moral fueron consideradas como instrumentos de renovación o de reforma social. En efecto, el utilitarismo se relacionaba estrechamente con una actividad política de cuño radical o socialista, que tuvo sus máximos exponentes precisamente en los tres teóricos principales del utilitarismo: Bentham, James Mill y John Stuart Mill.

Los utilitaristas mostráronse a veces favorables y otras veces desfavorables a las demás corrientes reformadoras que se desarrollaron simultáneamente en Inglaterra. Fueron desfavorables al socialismo del industrial filántropo y reformador Owen.

Roberto Owen (1771-1858). estaba convencido de que el "maquimismo muerto" entraba en competencia con el "maquimismo viviente", y que, por tanto, la introducción de las máquinas en la industria moderna tendría como resultado último la miseria del trabajador. Por esto quiso crear comunidades que se mantuviesen a sí mismas mediante el cultivo del suelo con la azada y en las cuales cada hombre trabajase para todos. Sin embargo, las ideas de Owen de que todas las religiones son esencialmente dañosas para el género humano y que el carácter del hombre es formado por las circunstancias, de manera que la inmoralidad no exige sanciones divinas ni humanas, sino que es más bien una enfermedad que se ha de curar con la modificación de las circunstancias externas, unen a Owen con los utilitaristas. Estos, lo mismo que Owen, tenían la pretensión de conseguir un mejoramiento de las condiciones sociales a través de un método puramente

científico y, como él, justificaron sus esperanzas con la fe en la posibilidad de modificar indefinidamente la naturaleza humana mediante las circunstancias exteriores.

Los utilitaristas, habitualmente, han enumerado entre sus mayores representantes y profetas las dos grandes figuras de la economía política del siglo XIX: **Malthus y Ricardo**. En su primer momento, con los fisiócratas franceses y con **Adam Smith**, la economía política había participado de la fe optimista del iluminismo del siglo XVIII, creadora del concepto de un *orden* de los hechos económicos por el cual llegan a coincidir providencialmente el interés privado y el interés público, de donde resulta que al individuo le basta seguir su propio interés para actuar al mismo tiempo como una fuerza dirigida al bien de todos. Malthus y Ricardo ponen de relieve crudamente las anomalías fundamentales del orden económico, evidenciando, por tanto, la necesidad de una modificación activa de ese mismo orden y, por consiguiente, de un progreso no ya natural y mecánico, sino dirigido por fuerzas morales. Pero tales fuerzas -y aquí reside el carácter positivista de toda esta corriente— no pueden actuar más que sobre hechos y por medio de hechos; en otras palabras, la acción del hombre sobre la realidad social debe seguir el mismo método que la ciencia emplea con éxito en su acción sobre el mundo natural.

Tomas Roberto Malthus (1766-1834) publicó anónimamente en 1798 su *Ensayo sobre la población*, del que en 1803 hizo una segunda edición, aumentada y modificada. Su punto de partida es una consideración de la relación entre el crecimiento de la población y el crecimiento de los medios de subsistencia. Teniendo presente el desarrollo de la América del Norte inglesa, Malthus observó que la población tiende a crecer en proporción geométrica (2-4-8, etc.), esto es, duplicándose cada veinticinco años, mientras que los medios de subsistencia tienden a crecer en proporción aritmética (1-2-3, etc.). El desequilibrio que así se crea entre la población y los medios de subsistencia puede ser eliminado de dos maneras, según Malthus-. en primer lugar, a través de la miseria y del vicio, que disminuyen y diezman la población; en segundo lugar, por medio del "control preventivo" de los nacimientos. Evidentemente, el progreso de la sociedad humana consiste en sustituir, lo más posible, el control represivo por el control preventivo: en impedir el aumento excesivo de la población mediante lo que el llama la "abstención moral", esto es, "con el abstenerse del matrimonio por motivos prudentiales y con una conducta estrictamente moral durante el período de dicha abstinencia". Malthus no veía otro remedio para los males sociales que el de una educación fundada en tales principios. Su doctrina, indudablemente, planteó un problema que continúa siendo de palpante actualidad y que procuró resolver con espíritu científico, enfrentándose valerosamente con los datos que estaban a su alcance.

El otro economista, **David Ricardo** (1772-1823), es autor de los *Principios de economía política y de impuestos* (1817), que se convirtió en

la Biblia económica de los utilitarios. Los análisis de Ricardo se mueven en la misma línea que los de Malthus; pero se refieren, sobre todo, a la relación entre el salario del trabajador y la ganancia del capitalista. En primer lugar hace resaltar el fenómeno de la llamada "renta de la tierra". Dado que en el mercado el mismo producto debe ser vendido al mismo precio, los propietarios de los terrenos más fértiles, que producen a un coste inferior, tienen un plus de beneficio que constituye precisamente la renta de la tierra. Es evidente que este fenómeno pone el interés de los propietarios rurales en antagonismo con el interés de la colectividad, ya que, a medida que se verifica un aumento de la población o, en general, un estado de mayor miseria, la renta de los propietarios agrarios se acrecienta. El orden económico no actúa aquí como orden providencial o provechoso. En cuanto al salario, Ricardo admite que su precio natural "es el necesario para poner a los trabajadores en la posibilidad de vivir y perpetuar su raza sin aumentar ni disminuir". Vio así claramente el antagonismo entre beneficio y salario. Y, con todo, aun considerando el capital nada más que como "trabajo acumulado", no creyó que su rendimiento fuera siempre proporcionado al trabajo personal. Merced a su obra, la economía política salió de la fase de una justificación del orden social existente para entrar en una fase de crítica de este orden y de una aportación de los medios aptos para modificarlo.

Estrechamente ligadas con estas doctrinas económicas deben considerarse las doctrinas filosóficas de los utilitaristas. **Jeremías Bentham** (4 febrero 1748 - 6 junio 1832) fue un filántropo y un político que dedicó su actividad a proyectar y promover una reforma de la legislación inglesa, encaminada a mejorar las condiciones del pueblo. Parte del mismo principio que muchos escritores del Iluminismo y que halló su mejor fórmula en Hutcheson y Beccaria (vol. I I , §§ 480, 502): **la máxima felicidad posible para el mayor numero posible de personas**. Bentham consideró siempre este principio como la única medida legítima del bien y del mal. Su primer escrito, *Fragmento sobre el gobierno*, fue publicado en 1776. A éste siguió un escrito de economía, *Defensa de la usura* (1787), y luego su obra más vasta: *Introducción a los principios de la moral y de la legislación* (1789). En 1802, un discípulo francés de Bentham, Dumont, publicó en Francia un *Tratado de la legislación civil y penal*, que es traducción de parte de la obra precedente y de otros escritos de Bentham que no había publicado todavía en el original inglés. Posteriormente aparecieron *Tabla de los motivos de acción* (1817); *Ensayo sobre la táctica política* (1816); *Visión introductiva de las pruebas judiciales* (1812); *Crestomatía* (1816), en la que se recogen fragmentos sobre distintos temas de índole filosófica; *Deontología o ciencia de la moralidad*, revisada y publicada después de su muerte en 1834. Bentham es también autor de numerosísimos escritos políticos y jurídicos menores, algunos de los cuales se refieren a un nuevo sistema carcelario, llamado *Panopticon*, del cual fue defensor. El propósito declarado de Bentham era convertir la moralidad en una ciencia exacta. Ahora bien, la ciencia debe apoyarse en hechos, en cosas reales que tengan relaciones definidas e impliquen una medida común. En el

dominio moral, los únicos hechos en que nos podemos apoyar son el placer y el dolor. La conducta del hombre es determinada por la espera del placer o del dolor; y éste es el único motivo posible de acción. Sobre estos fundamentos, la ciencia de la moral se hace tan exacta como las matemáticas, aunque sea más intrincada y extensa (*Introd. to mor. and Legis*, en *Works*, I, p. v.). El juicio moral se convierte en un caso particular del juicio sobre la felicidad. Un comportamiento es bueno o malo según sea favorable o no a la felicidad; y acción legítima es la que provoca la máxima felicidad del mayor número. Como cualquier otro hombre, el legislador actúa legítimamente sólo en cuanto es guiado por el principio de "maximizar" la felicidad. Los placeres y los dolores, como consecuencia de las acciones, son llamados por Bentham *sanciones*. Las sanciones *físicas* son los placeres y los dolores que siguen a un cierto modo de comportarse, independientemente de la interferencia de otro ser humano o sobrenatural; las sanciones *políticas* son las que se derivan de la acción del legislador; las sanciones *morales o populares* son las que se derivan de otros individuos que no actúan físicamente; por último, las sanciones *religiosas* son las que se derivan de un "Ser superior invisible, legislador del universo". Los legisladores pueden actuar sobre los hombres sólo como actúa Dios mismo, es decir, por medio de las fuerzas de la naturaleza: mediante la aplicación de los dolores y placeres que pueden también ser sanciones naturales. El legislador debe establecer sus sanciones de manera que incline la balanza del placer y del dolor en el sentido más favorable al principio de maximizar la felicidad. La moralidad no es determinada por los motivos de la acción, sino únicamente por sus consecuencias, porque, en realidad, el motivo de la acción no es más que la espera de sus consecuencias. Decir que un comportamiento es bueno o malo significa que inclina la balanza hacia el placer o hacia el dolor. Fuera de este cálculo no hay, según Bentham, más que conceptos ficticios o "no entidades": tales son la conciencia o el sentido moral de que hablan algunos filósofos, y la misma obligación moral. La afirmación de que un hombre está obligado a ejecutar una acción significa solamente que sufrirá dolor si no la ejecuta. De manera que la obligación es verdaderamente una entidad ficticia, y sólo el placer y el dolor son reales. "Quitad los placeres y los dolores —dice Bentham (*Springs of Action*, en *Works*, I, p. 206)—, y no sólo la felicidad, sino también la justicia, el deber, la obligación y la virtud se convertirán en palabras huera." Por esto se preocupa Bentham de establecer una tabla completa de los motivos de la acción que ha de servir como guía para cualquier legislación futura. Esta tabla comprende, en primer lugar, la determinación de la *medida* del dolor y del placer en general; en segundo lugar, una clasificación de las diversas *especies* de placer y de dolor; en tercer lugar, una clasificación de las diversas *sensibilidades* de los distintos individuos para el placer y para el dolor. En el primer aspecto, el placer y el dolor son considerados como entidades susceptibles de ser pesadas y medidas-, y el valor de un placer dependerá, si es considerado en sí mismo, de la intensidad, duración, certeza y proximidad, o, si es considerado con respecto a los modos de obtenerlo,-de su fecundidad (o tendencia a producir otros placeres) y de su pureza (o

ausencia de consecuencias dolorosas).

Mucho menos interesantes y más arbitrarias son las clasificaciones que Bentham dio de los placeres y de los dolores y de las circunstancias que influyen en la sensibilidad individual de los mismos. Ya Stuart Mill encontraba a faltar en la clasificación de Bentham toda alusión a la conciencia, a la rectitud moral, al deber, al honor, etc. Y en cuanto a las circunstancias que determinan una diversa sensibilidad, Bentham enumeraba la constitución física, el carácter, el sexo, la raza, etc. Establecida así la patología, esto es, la teoría de la sensibilidad pasiva, Bentham pasaba luego a establecer la dinámica, o sea, el uso posible por parte del moralista y del legislador de estos motivos para determinar la conducta humana a fin de alcanzar la máxima felicidad posible. Bentham se sirve de su principio de la utilidad aun en su crítica política. Tacha de ficticios los derechos naturales del hombre afirmados por la Revolución francesa. Si la libertad fuera un derecho absoluto, anularía la ley, porque toda ley supone una coacción. El verdadero criterio es el de la utilidad, que establece inmediatamente los límites de la libertad y de la imposición. Bentham cree que todo gobierno, como toda autoridad, es un mal que es menester reducir a su mínima expresión, esto es, a aquel grado y a aquellos límites que lo hagan efectivamente útil.

El más importante discípulo de Bentham fue **James Mill** (6 abril 1773 - 23 junio 1836), periodista, político y funcionario de la Compañía de las Indias de Londres. Su obra filosófica fundamental es el *Análisis de los fenómenos del espíritu humano* (1829); pero su pensamiento político influyó eficazmente en Inglaterra a través de algunos artículos compuestos por él para la *Enciclopedia Británica*, y especialmente el que se refiere al *Gobierno* (1820). Este artículo es una defensa del gobierno representativo, es decir, de la capacidad del pueblo para constituir por sí mismo una clase dirigente defensora de sus intereses. Si la Reforma —decía Mill— ha hecho al pueblo juez de sí mismo en materia religiosa, no se ve por qué no habríamos de tener confianza en el pueblo como juez de sí mismo en materia política. El objetivo de Mill en su obra fundamental es hacer un análisis completo de los fenómenos mentales, esto es, reducir estos fenómenos a sus elementos primitivos, de modo análogo al que emplea la ciencia con los fenómenos de la naturaleza. Este intento está en la línea del pensamiento iluminista inglés, desde Hume en adelante, y su más notable antecesor es Hartley (II, § 481). Su novedad radica en el planteamiento positivista: Mill quiere fundar una ciencia del espíritu que se apoye en hechos como la ciencia de la naturaleza. Y el hecho, para Mill, es la sensación. Los últimos componentes del espíritu son las sensaciones, de las cuales son copia las ideas. Como para Hume, el espíritu es para Mill una corriente de sensaciones, y las asociaciones de las ideas entre sí siguen el orden de las sensaciones. Tal es la "ley general de la asociación de ideas" (*Analysis* edición 1869, I, p. 78). Las sensaciones sincrónicas producen ideas sincrónicas, y las sensaciones sucesivas, ideas sucesivas. De manera que la contigüidad en el espacio y en el tiempo es la única ley posible de asociación: cuando dos cosas han sido percibidas juntas

(simultáneamente en el espacio o sucesivamente en el tiempo), nosotros no podemos percibir o pensar una de ellas sin pensar en la otra. Mill no consigue establecer ninguna diferencia entre asociaciones verdaderas y asociaciones falsas, esto es, entre asociaciones que se adaptan a las conexiones de las cosas y asociaciones que no lo hagan. En ambos casos, en efecto, refiere la fuerza de la asociación a la frecuencia con que se repite y que la hace habitual, constituyendo con ella, como él dice, "una asociación inseparable" (*Ib.*, I, p. 363). La ley de asociación es invocada por Mill para explicar también la vida moral. "La idea de un placer excitará la idea de la acción, que es la causa del mismo; y cuando existe la idea, la acción debe seguir" (*Ib.*, II, p. 351). Un fin no es más que un placer deseado y constituye el motivo de la acción, motivo que excluye toda libertad del querer. La asociación explica el paso de la conducta egoísta a la altruista. Nuestro placer privado está estrechamente, unido al de los otros (padres, hijos, amigos), y esta asociación constante acaba por hacer desear el placer de los demás como el propio, e incluso por conducir al sacrificio. El desarrollo de la vida moral sería así debido al nacimiento de nuevos fines debidos a la asociación, fines que se sobrepondrían a los demás, asumiendo en sí un carácter atrayente que primitivamente no tenían. Mill declara que este análisis no disminuye la realidad de los sentimientos analizados. La gratitud sigue siendo gratitud, y la generosidad, generosidad, aun cuando hayan sido reducidas a sus últimos motivos egoístas; del mismo modo que un rayo de luz continúa siendo blanco para nosotros aun después que Newton lo descompusiera en rayos de diferentes colores. Esta observación revela el carácter positivista de la obra de Mill: la moral debe convertirse, según él, en una ciencia positiva como la ciencia natural. Y este carácter distingue su asociacionismo del de sus predecesores.